

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 14 »  
 Por seis id. . . . . 24 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

# GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. . . . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Un año id. . . . . 50 »  
 ESTRANJERO, tres meses. . . . . 30 »  
 ULTRAMAR, un año. . . . . 6 pesos.  
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

## LO QUE CORRE POR AHÍ.

La afición á los cafés va tomando en Madrid proporciones alarmantes.

La vida del hogar empieza á caer en desuso, y la moda nos lleva á sustituirla, no sé si convenientemente, con lo que ha dado en llamarse *vida de café*.

Todo bicho viviente va al café, cada cual segun sus ocupaciones,—dando por supuesto que la gente de Madrid tenga ocupaciones.

Así habrán Vds. observado que todo propietario de casa nueva, teniendo en cuenta las necesidades del siglo de las luces, trata de dejar sitio en la planta baja para un café.

¿Y qué otra cosa puede dar luz más oportuna sobre nuestras costumbres, que esa prodigiosa fecundidad de luces de gas que en esta clase de establecimientos constituye el encanto de los parroquianos contumaces?

No parece sino que mis conciudadanos viven á oscuras, segun el afán con que buscan el gas de esas lámparas reflejadas por cien espejos á la vez.

Hoy sigue todavía en *creciendo* el lujo, y mañana quizá, no bastando con esto, se recurra á otros medios para atraer al público que desea saborear un cigarro alrededor de una mesa, respirando una atmósfera que se puede cortar con un cuchillo.

Ya han empezado los cafés cantantes, y yo he visto representar comedias, zarzuelas y pedacitos de ópera, con aplauso de estudiantes y mujeres curiosas.

Recuerdo que cuando yo era pollo—¿quién no ha sido pollo alguna vez en su vida?—llegué á Madrid con los ojos cerrados y el pelo de la dehesa, dispuesto á recibir un petardo del mismo sol.

Unos parientes lejanos que se habian encargado de conducir mis primeros pasos por este valle de lágrimas y de cafés, me llevaron á uno donde conocí á cierta patrona que me alojó en su casa antiparlamentariamente, y que despues supe tenia la agradable costumbre de ir á buscar sus huéspedes al sitio de mi desgracia.

¿Y por qué fui yo al café? me pregunté muchas veces. ¡Ah! lo recuerdo bien; mis parientes lejanos me dijeron:

—Tenemos que ir esta noche á casa de D. Fulano, pero antes es preciso que vayamos al café.

¡Todavía no he podido comprender esta precision!

¡Cielos! ¿Seria porque entonces se tomaba el café en vaso?

Pero no, hoy se toma en taza, y tambien se va al café... con mayor furor que antes.

En el café almuerzan pocos, comen menos y cenan muchos.

En el café se saben todas las mentiras que uno necesita para dormir tranquilo.

Los españoles, sobre todo, tenemos en el café un magnifico recurso para matar el tiempo, y bajo este punto de vista, nunca será bastante ponderada la invencion moderna.

Lo más sensible es que hay gente que va al café á no tomar nada, con la esperanza sin duda de tomar una pulmonía al salir á la calle.

Los cafés tienen su fisonomía especial como Vd., como yo, como todo el mundo.

Hay cafés para los actores que desean contratarse, para las mujeres que buscan contrata, y para los que se van por saber noticias políticas.

Hay cafés para los aficionados al ron, al café puro, y á la merengada.

Hay cafés para los aficionados al canto, al piano y á la bandurria.

Hay cafés para las pollas, para las cotorronas y las mujeres casadas.

Hay cafés para los artistas, para los toreros, y para los matones.

Seamos justos, lectores. El café tendrá sus inconvenientes, pero en cambio proporciona grandes ventajas al hombre.

¿Pero qué ventajas proporciona á la mujer que tiene la costumbre de pasar tres horas todas las noches en el café?....

¡Volvamos la hoja.

Luis Rivera.

## LA HISTORIA DE LAS YERBAS.

(Imitacion del Cuento de las flores.)

### PERSONAJES.

UN BOTICARIO.

EL PEREJIL.

LA YERBA BUENA.

EL POETA.

Decoracion de patio con vista al pozo. A un lado un enorme almirez. A otro una manga de riego. El boticario sentado sobre su laureles.

### Cuadro primero.

**Boticario.** De las yerbas que al nacer heredé de mis abuelos, un jarabe voy á hacer que el aroma de los cielos de seguro va á tener. Será turbio cual los celos, sabroso como el querer, puro como el rosicler, dulce como los buñuelos. Y con él he de volver á los que le beban lelos, porque admiren el poder con que descorro los velos de la ciencia y el saber. A tus plantas nos hallamos. Siempre tus juguetes fuimos. Tú sabes donde nacimos. Tú la vida que llevamos. Sí, mas la suerte fatal mi cariño os arrebató; la vejez, conmigo ingrata, me hace á vosotras igual. Yerbas fuisteis que en el prado dabais aroma y frescura, consuelo en más de una cura, sustancia en más de un guisado. Hoy vuestro seco ramaje sólo compasion inspira, y hasta la doncella os tira porque la ensuciais el traje. Quien comió ayer capones come hoy conservas; se van las ilusiones, se van las yerbas.

**Perejil.** Aun llevo en mi la fragancia que me envidiaron un dia las rosas de Alejandria, los tulipanes de Francia. Aun en condimento rico me coloca el que lo entiende, sobre las ostras de Ostende, y los peces de Motrico. Y con amoroso afán me riegan por la mañana,

**Yerba buena.** la modista en su ventana, y en su huerto el sacristan. Tambien yo como mi hermana, lo mismo aquí que en Milan, soy lo que me da la gana, y tengo más de un sultan que con mi olor se engalana. Yo en mi casa os encontré, de todas os distingui, en vosotras estudié, cuanto pude os esprimí, y hoy porque á viejo llegué tratarme quereis así; mas siempre el mismo seré pues caballero nací, y por guardaros mi fé, si con vosotras viví con vosotras moriré. Suerte, no en vano lanzas penas acerbas, se van las esperanzas se van las yerbas.

**Boticario.** Mi mano cansada y grave ya su profesion no sabe, mas tengo aqui la receta y para hacer un jarabe no hay nadie como un poeta.

### Cuadro segundo.

POETA.

— Sí, yo jarabes hacia allá cuando Dios quería, cuando el aula abandonando, me encontraban estudiando en una confiteria. Mi mano entonces tenia, por lo delgada y lo hueca, aspecto de tornillo, de caña seca, mucho de molinillo, y algo de rueca. Era como el tobillo de polla clueca, como el husillo de asar manteca.

Yo fabriqué jarabes malos y buenos, fuertes y suaves, propios y ajenos, que mejoraban las notas graves, que á los más roncacos dejaban ménos, que á unos hacian trinar cual aves, y á otros les daban voz de serenos. Espléndidas auroras, noches amenas, fuisteis encantadoras aun siendo apenas, auras murmuradoras, voz de sirenas, músicas seductoras, dulces verbenas, fuentes arrulladoras de encanto llenas, acacias tembladoras como azucenas, y lo que en muchas horas libre de penas, en mi embeleso, he dicho á esas señoras cuyos piés beso.

Entonces mi mano potente y ligera las yerbas do quiera hallaba y cogia, las malas con furia lanzaba á la hoguera, las buenas con ansia febril escondia. Y luego sus tallos marchitos cortaba, su aroma aspiraba, su esencia vertia,

y al hondo mortero caer las miraba  
y allí las juntaba, y allí las hervía.

Pasaba,  
llegaba,  
gozaba,  
reía.  
Tornaba,  
gustaba,  
palpaba,  
molia.  
Hambriento,  
sediento,  
contento,  
feliz.

Cual buitre avariento  
que siente un momento  
que olor á jumento  
le dá en la nariz.

Pasó como todo pasa,  
pues todo es fuerza concluya,  
la edad del placer sin tasa,  
y ahora me vuelvo á mi casa  
más flaco que una aleluya.

Jarabes os traigo añejos  
con aroma de experiencia,  
y saborcillo á consejos,  
restos de la antigua ciencia  
que otorgó Dios á los viejos.

Recibidlos con amor  
y bebedlos sin temor,  
que al otro lado del mar  
los ha bebido un señor  
que tiene buen paladar.

Nada por ellos os pido,  
pues nada tampoco os doy,  
igual es nuestro partido:  
ya el jarabe habeis bebido,  
salud, y, ¡basta por hoy!

**Boticario.** Yerbas á mi acento siervas,  
aquella que más se alabe  
dé su opinion del jarabe...  
**Peregil.** Hable la sopa de yerbas.

(La sopa de yerbas saca la cabeza del puchero y exclama):

Nadie admira como yo  
al genio que preparó  
un guisado tan sabroso;  
el caldo está delicioso...  
¡pero las tajadas, no!

M. del Palacio.

## EL CUENTO DE LAS FLORES.

Figúrate, oh lector, reunidos en dos varas de terreno á la Virgen, al Niño, á Tobías y á San Jerónimo; para completar el cuadro, agrégales un león, un arcángel y un besugo; y si despues de calentarte la mollera tres días arreo, no adivinas qué caricatura grotesca puede componer un pintor con tales elementos, vé al Museo del Prado, pregunta por la «Virgen del Pez»,—y quédate extático ante uno de los mayores prodigios realizados por el arte moderno.

Hecho esto, ya puedes escuchar sin peligro á las almas caritativas que te refieran el *Cuento de las Flores* diciéndote que todo su argumento se cifra en ver á la Berrobiano galanteada por un Don Diego de noche, y á Romea loco de amor por una sensitiva,—de resultas de lo cual sale Zorrilla recitando versos en que declara ser amigo del emperador Maximiliano y hace voto de morir cantando como ha vivido.

*Mutatis mutandis*, así contaba Voltaire el argumento de la *Iliada*,—lo cual le permitía dar al Tasso la preeminencia sobre Homero, mientras llegaba la hora de que algun amigo le diese á él la preeminencia sobre e Tasso.

Libreme Dios de profanar el nombre de Homero y rebajar el mérito de la gran epopeya griega, escribiendo junto á su título el de una fantasía sin importancia, mero pretexto empleado para motivar la presentación de un gran poeta en la escena de sus antiguos triunfos, donde sale á regalar con la magia de su voz el oído de la multitud fascinada; solo he querido recordar, con un ejemplo ilustre, cuán fácil es burlarse de una obra y cuán raro juzgarla sin pasión.

La nueva producción de Zorrilla, lánguida como obra escénica y no muy clara como alegoría poética, ni aun tiene en su abono la riqueza de aquel estilo exuberante que, á pesar de su incorrección, avalora tanto las creaciones del ilustre poeta.—Unas seguidillas bien senti-

das, y galanamente recitadas por la Sra. Dardalla, son quizá el único destello de verdadera poesía que ilumina por un momento la opaca uniformidad del cuadro. Tal es en dos palabras el juicio que á primera vista ha merecido la obra, y no hay motivo para creer que las sucesivas representaciones lo modifiquen. El público la ha recibido con respeto, pero sin entusiasmo, guardando sus aplausos para los versos leídos por el poeta, versos en que, recordando su juventud y refiriendo «lo que dicen que fué», formula sobre sí mismo un juicio tan sincero como exacto, pintando, en imágenes dignas del asunto, lo vago, lo errabundo, lo irregular, lo extravagante... lo sublime de su genio, rebelde á toda regla y empujado siempre por el hálito irresistible de la inspiración.

«¿Qué idea grande, qué pensamiento profundo, qué verdad nueva se oculta bajo la hojarasca de esos versos, sonoros y huecos como el follaje de una selva?»—Tal era la pregunta de los descontentos al terminar el poeta su lectura.

¡Ah! los que lamentan la falta de grandes verdades en los poemas de Zorrilla, pueden referir sus cuitas á los que deploran la carencia de grandes imágenes en los tratados filosóficos de Hegel: unos y otros han nacido para entenderse mutuamente,—que no es poco. ¡Oh dolor! ¿por qué no será Hegel un gran poeta y Zorrilla un gran filósofo, en vez de ser Hegel un gran filósofo y Zorrilla un gran poeta? ¡Así anda el mundo!—Yo por mi parte dejó la solución de este importante problema para cuando se averigüe por qué no producen rosas las higuerras ni brevas los rosales.

Mientras llega la hora de corregir estas y otras anomalías que tanto afean la creación, resignémonos á tomar el mundo como Dios lo hizo: si por rara casualidad tropezamos con un Shakespeare, que conmoviendo el corazón ilumine el entendimiento, demos gracias á la suerte por el hallazgo, pero en los casos ordinarios pidamos verdades al filósofo, consejos el moralista, imágenes al poeta, y sano juicio á los demás—con ligeras excepciones.

Federico Balart.

## DENTRO DE LA PETACA.

### I.

Cierto día compré una petaca de efecto.  
Parecía un haul.  
El que me la vendió se empeñó en hacerme creer que era de cuero de Rusia, porque olía á algo.

Sin duda le habian untado con algun merjunje capaz de entontecer al más anti-nervioso.

Ello es que mi petaca olía cuando la compré, y aun sigue oliendo, caballeros.

¡Qué petaca tan particular!

Un amigo me dijo:

—Hola, parece que llegaste á tiempo cuando se repartían petacas.

Otro añadía:

—¿Vas de viaje? Como llevas el saco de noche....

Yo estaba muy ufano con mi prenda.

No he empleado jamás cuatro pesetas más á mi gusto.

Una petaca grande y de cuero de Rusia por este precio, ¡no les parece á Vds. una ganga?

Una vez dueño de esta alhaja, solo me faltaba una cosa: cigarrillos para llenarla.

Tuve muy buen cuidado de evitar que mi petaca debutase con cigarrillos del estanco.

Recorrí al efecto varias cigarrerías, y todos los cigarrillos me parecían indignos de tan suntuoso alojamiento.

Por último, compré diez cigarrillos de todas clases, y cargué el barco.

Cuando me acosté dejé el mueble sobre la mesilla de noche, y me dormí pensando en el *Cuento de las Flores*, de Zorrilla.

Hé aquí lo que llegó á mis oídos:

### II.

*Un veguero.*—Eh, amiguito, échate para allá, que me oprimes el lomo.

*Un concha.*—¡Pues no es Vd. poco delicado!

*Veguero.*—Yo soy lo que me da la gana, ¿estamos? Pues no faltaba más sino que un cigarrillo de poco más ó menos se hombrease conmigo.

*El concha.*—¿Por qué me trata Vd. de tú? ¿En qué bodega hemos comido juntos? Más valiera que se ocupa-

se Vd. en enderezar ese cuerpo, que parece una torcida.

*Un trabuco.*—¡Paz, caballeros!

*Un imperial.*—¡Silencio!

*La regalia (á un Londres.)*—¡Jhon, no seas malévolo ni me dirijas palabras inconvenientes.

*El Londres.*—Mi amarte, yes, yo tener corazón con sentimiento.

*Una opereta (muy sofocada.)*—Amigos, ¿hay moros en la costa?

*Todos.*—¿Qué es eso? ¿Hay novedades?

*La opereta.*—Entre nosotros se ha colado un coracero.

*Imperial.*—Esto es grave. Sepamos quién es.

*Opereta.*—En este rincón se ha ocultado lleno de vergüenza.

*Imperial.*—Que se me presente ese individuo.

*El coracero.*—Señores, no me hagan Vds. daño, que soy inofensivo.

*Imperial.*—¿Tú, eres tú, mameluco? Á ver, que lo quemen en pipa de barro.

*Coracero.*—¡Cruelles!—Pero si tal haceis, mi venganza se hará sentir bien pronto. Ninguno de vosotros podrá resistir cuatro bocanadas de humo mias.

*Imperial.*—¿Cómo has tenido la desvergüenza de colarte aquí?

*Coracero.*—Os lo contaré.

*Opereta.*—Jhon, estate quieto.

*El Londres (á la opereta.)*—Oh, yo estar por tí tierno...

*Opereta.*—¡Seducitor!

*Imperial.*—Que callen esos pollos, y habla tú, coracero.

*El coracero.*—Nací en Valencia y no tengo padres conocidos. Corrió mi infancia en un cajón, atado con otros infelices, destinados como yo á dar fin de una garganta. Llegué al estanco de la calle del Príncipe, y aquí empecé á dar la castaña. Un parroquiano, que por las trazas parecía un relojero, pidió cigarrillos escogidos, y me escogieron á mí. Así hice mi entrada en el gran mundo. Despues el relojero me regaló á un sastre que le habia hecho un gaban, y este se lo echó al Gordito cuando dió el quiebro con la silla la otra tarde en la plaza de Toros. El Gordito me entregó á un aficionado que escribe revistas taurinas, y ya me tenia este en la mano para quemarme, cuando el dueño de esta petaca se presentó, y queriendo darse tono la enseñó á sus amigos. El revistero de toros cogió la petaca, hizo como que la examinaba, y sin que lo sintiesen las moscas, tomó á un compañero de Vds. y me puso en su lugar. Yo que me ví á salvo de morir quemado, me estuve aquí quietecito sin decir esta boca es mia. Bien sé que no soy digno de tan nobles y elegantes compañeros, pero de almas generosas es amparar al desvalido.

*Imperial.*—La Providencia te escoge por instrumento de sus misteriosos designios. Tú vas á ser el que castigue la inesperienza de nuestro amo. Ponte á la puerta y asoma la cabeza, para que mañana cuando el amo quiera fumar, seas tú el que él escoja y lleve á los labios: es probable que reviente, pero si sale salvo, vivirá en lo sucesivo más alerta, y no se dejará mistificar por los amigos.

### III.

Al oír esto desperté sobresaltado.

—¡Caracoles! díge ¡vaya un riesgo que he corrido!

Entonces cogí el coracero y lo arrojé por el balcón.

Despues volví á quedarme dormido, diciendo:

—Mañana leeré los periódicos para saber quién ha sido el envenenado.

Luis Rivera.

## ¡HOMBRES, LO QUE SON MUJERES!

### ¡MUJERES, LO QUE SON HOMBRES!

Desde que el mundo es mundo,  
en guerra abierta  
están constantemente  
varones y hembras;  
y sin embargo,  
el mundo es un Vergara,  
¡ate usted cabos!  
(Parico el Giego.)

## SEGUNDA PARTE.

### Lo que Ellos dicen de Ellas.

¡Ay del que en mujeres fia!  
¡ay de aquel que abre su pecho  
á los mentidos halagos  
de esos ángeles malévolos

# LAS MUJERES DETRAS DE LA CORTINA.



1. La que es delgada se hace gorda.



2. La gorda se hace delgada.



3. La morena se blanquea.



4. La pelona se echa postizo.



UNA VEZ VESTIDAS Y PINTADAS TODAS SON IGUALES.

MADRID: 1888.  
IMPRESA DE R. LABAJO, CALLE DE LA CARRERA, 27.

que amor y placer nos brindan con sus rostros hechiceros, para darnos la cicuta de amarguissimos tormentos! Quien dijo mujeres, dijo mentira y dolo y eterno padecer. ¡Mujeres! Ellas son la causa de los duelos que en el mundo nos afligen, y por ellas un infierno en el corazon llevamos. No hay disputa, no hay enredo, ni algazara, ni delito, escándalo, chisme ó pleito donde no se halle metida alguna mujer por medio. ¡Mujeres! Lindos adornos con que el Hacedor Supremo quiso embellecer la tierra para dar al sexo feo suegras que por todo gruñan, y esposas que tengan celos, y mirñaques, y dijes, y convulsiones, y nervios, y antojos, y falderitos, y ramitos, y mareos, y un pelon todos los años y una cola de tres metros, y... ¡un demonio que con ellas cargue! ¡Vaya, si hechiceros son los tales angelitos! ¡Pues no hay duda que debemos de semejantes alhajas enamorados y tiernos ir en pos, como un rebaño de mansísimos... carneros! Y los tipos de relieve ¿quién los sufre? Por ejemplo: ¿Dónde hay paciencia que baste para sufrir el inmenso farrago de tonterías con que una mujer-proyecto se nos viene, porque ha sido educada en un colegio de París?—¿Quién es el guapo que no se muere de miedo cuando oye en una tertulia á un femenino arrapiezo (que aun no dejó los pernils, la niñera y el babero) dar en materia de amores su parecer, y el asedio referir en que la tienen un capitán de lanceros, un marino, un estudiante y el tenor del coliseo? —¿Quién resiste los mohines y los dengues y los gestos de una hermosa presumida que se lleva en el espejo diez horas, para ensayar todos cuantos movimientos ha de hacer en la tertulia, en la calle y en el templo, y cómo ha de sonreír para que sus dientes bellos luzcan más, y cuál adorno la sienta mejor, y el juego de miradas insinuantes, provocativas, de efecto, y lánguidas y apagadas por continuo parpadeo? —¿Quién sufre de una jamona el adobo sempiterno de cintas, moños y lazos, y bermellon, y cosméticos, y tizne para las canas, y untura para el pellejo, y la pretension ridícula de ser pollita de enero y de hallar un barbilindo que por sus pedazos muerto la requiebre y la enamore y la llame su tormento? —¿Quién aguanta de una vieja el relato de sus buenos abriles, cuando en su busca ¡hasta de Pekin! vinieron todos los mejores mozos que habia por aquel tiempo á rendirla adoracion y á darla de amor incienso, y quién al verla pegarse cuarenta golpes de pecho por minuto, almorzar santos y cenar salves y credos, y entre comida y comida morder el honor ajeno, que á tiro de lengua coje? ¡Y estas son mujeres! ¡Y estos lindos tipos en que abunda el que llaman bello sexo! Pero la culpa no es de ellas; es de nosotros, que, necios, no escarmentamos jamás, ni queremos convencernos de que aquella que parece

mejor en todos conceptos, si no cojea de entrambos, cojea del pié derecho. El que más por ellas hace es el que merece ménos, y el que más Damian se muestra con ellas, es más Cornelio. Pues, señores, si esto es claro como la luz de los cielos; si son verdades de á folio que ya todos conocemos, hora es de romper el yugo á que nos tienen sujetos con sus mentidos halagos y sus astutos manejos, y de repetir en coro cuando una mujer miremos, jóven ó vieja, acercarse á nosotros:—«¡Vade retro! ¡no más Vergara, señora! ¡señora, no más convenio!

Federico de la Vega.

## CABOS SUELTOS.

*El Espíritu Público* niega la exactitud de un retrato del general Santana que ha publicado *Los Sucesos*.

Efectivamente, el retrato en cuestion es tan verdad como el retrato que de ciertos sistemas suele hacer *El Espíritu Público*.

Ya el calor va de estampía y se abrocha la solapa la gente al morir el día, ¡ay! dame, paloma mia, tu corazon... ó una capa.

Dos torrentes han salido de madre: el río Llobregat en Cataluña, y el Sr. Zorrilla en el teatro del Príncipe.

Se ha aumentado el coro de mujeres del teatro de los Bufos, con algunas que sobresalen entre las más lindas. En *Las Amazonas del Tormes*, el coro está que no hay más que pedir. El cuerpo de reclutas formado por las colegialas inspira á más de uno el deseo de volverse austriaco para caer sobre aquel cuerpo.

Entre las obras nuevas que prepara la empresa del Príncipe, figura un arreglo de *Otello* hecho por el señor Retes, y en que la parte del protagonista será desempeñada por Delgado.

Hemos oido decir que el arreglador ha corregido mucho el original, y hecho un *Otello* enteramente distinto del de Shakespeare. Lo que extrañamos es cómo no ha modificado el título, y le ha llamado siquiera *Otelo*, ó *el moro de los dátiles*.

Tenemos tristes noticias del papel que vamos á representar en la próxima Exposicion de Paris. Verdad es que nosotros solo podríamos lucirnos si expusiéramos ganados, ó mejor todavía, *perdidos*.

### Filosofía.

(De nnas cuartillas rotas.)

Nace el hombre, y apenas adivina con inocente afán el mundo de ilusiones en que vive, exclama absorto: ¡Ah!

Crece en razon y en ilusiones crece anhelando el placer, y apenas la primera se marchita dice atónito: ¡Eh?

Sigue en desgracia su ilusion constante, y harto ya de sufrir uno tras otro desengaño fiero, dice llorando: ¡hi!....

Marchito el corazon, sin esperanza, sin ninguna ilusion, quiere pensar, y si en la dicha piensa, clama escéptico: ¡Oh!

Y decrepito anciano á quien aguarda tan solo un ataud, al hablarle de amor y de ilusiones grita espantado: ¡Uf!

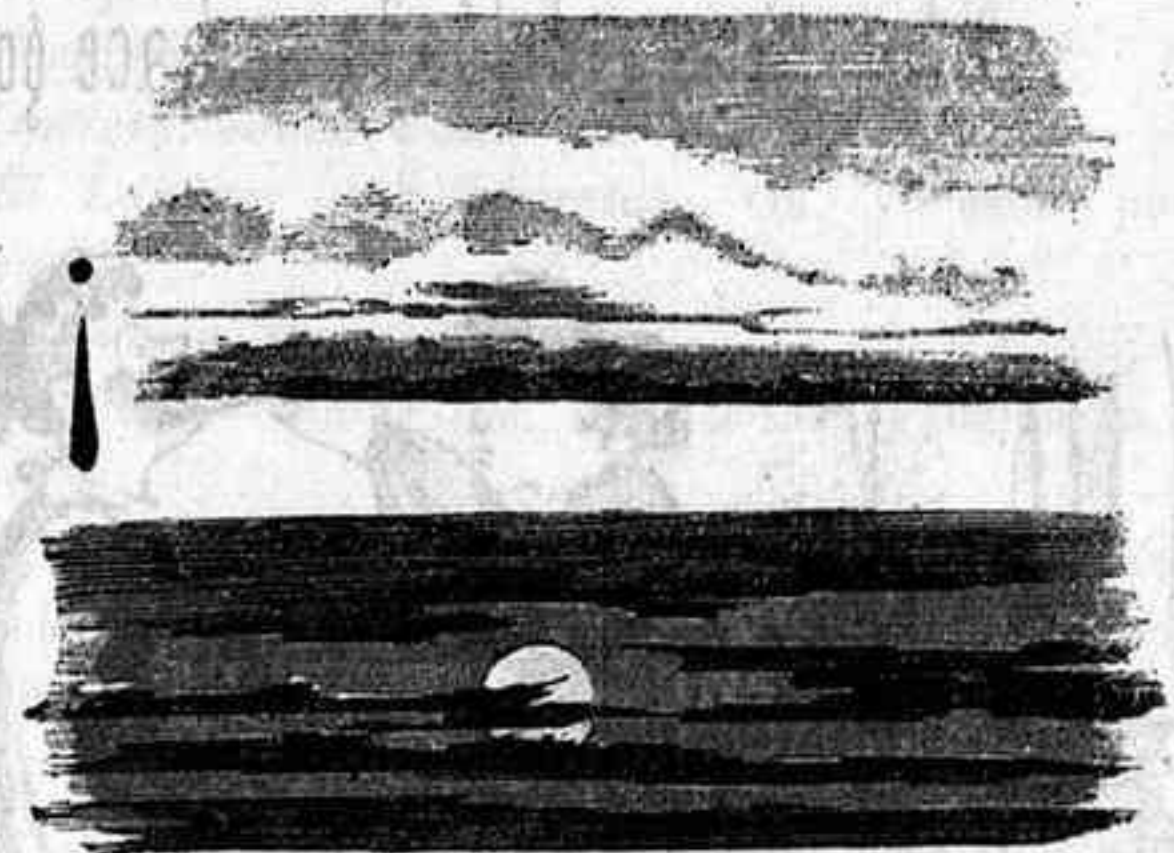
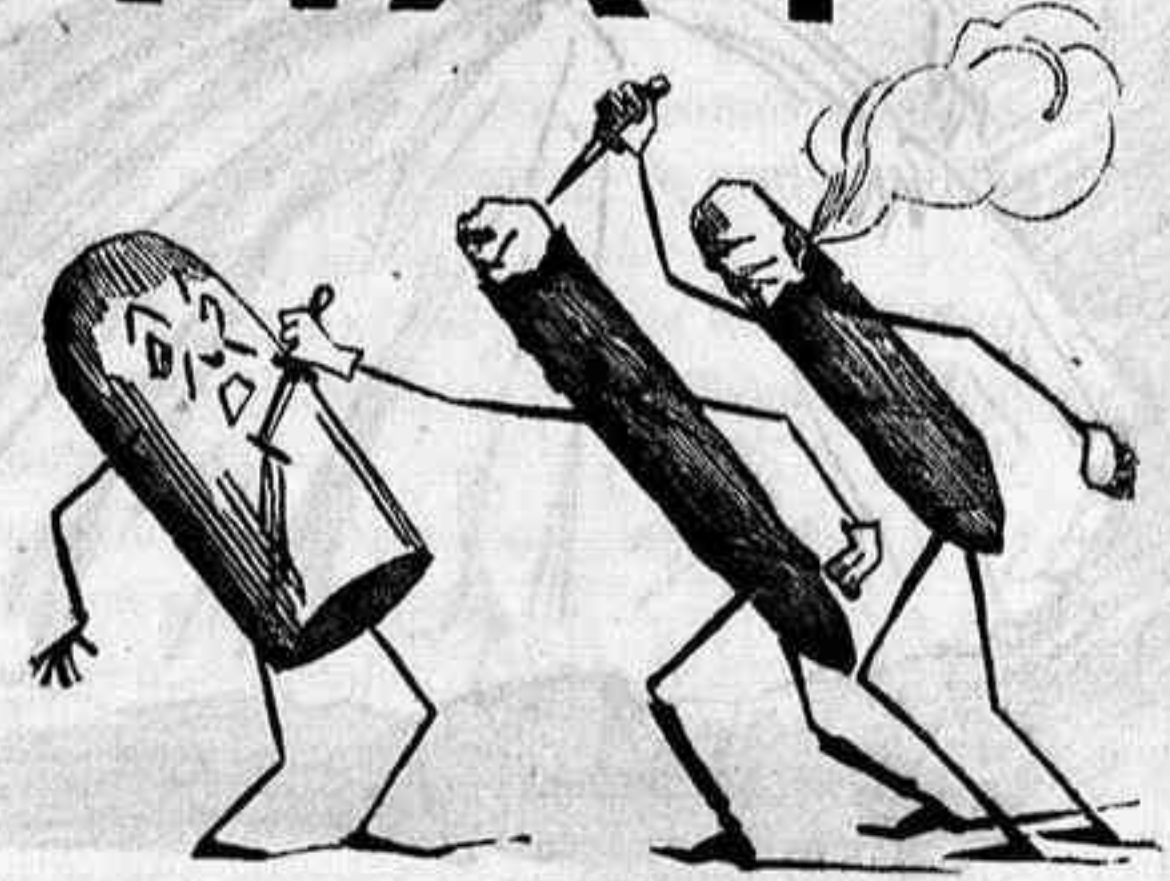
Gerardo Blanco.

## PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior.—*Bigote*.

### GEROGLÍFICO.

# HAY



# QUE

O<sup>R</sup>  
R<sup>r</sup>

O.R!!!

(La solucion en el número próximo.)

## ALMANAQUE CÓMICO DE GIL BLAS PARA 1867

Un volumen de 64 páginas con chistosísimas caricaturas por Ortego y Rico. Se vende en la Administracion del periódico y en las principales librerías, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

### INDICE

de las materias que contiene, con el nombre de sus autores y el delito que han cometido.

Juicio del año, por Rivera.  
Las cuatro estaciones, por Lustanó.  
Traduccion del aleman, por Blasco.  
Los amigos, por Rivera.  
La herencia del tío, por Blasco.  
Dolora.... de barriga, por Lustanó.  
Las iniciales, por Palacio.  
Infortunio, por Blasco.  
Epigrama, por un Cojo.  
En el teatro, por Robert.  
Balada, por Balart.  
La máscara y yo, por Rivera.  
Reflexiones de un infeliz, por R.  
La cortina, por Balart.  
Duelo singular, por X.  
Máximas, por Palacio.  
Tragedia casera, por Blasco.  
Música, por Balart.  
Esclavitud, por Rivera.  
El poema de la rosa, por el mismo sugeto.  
La primavera, por Balart.  
Al eminente artista Fortuñ, por Palacio.  
Comamos, por Blasco.  
Cantares, por Carlos Cano.  
De toda un poco, por....  
Un día de prueba, por Blasco.  
Calendario cómico del amor, por Rivera.  
Epitafios, por Ramon Carrion.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.